

El Polvo Cierra Toda Luz

Una Poética De Las Ruinas
Del Perú

Sergio González

ANCESTROS

El Polvo Cierra Toda Luz

El polvo cierra toda luz:

Párpado demorado sobre el mundo

Rossella di Paolo, Tránsito

1

El cielo de Lima es una única nube que se extiende ubicua. Más allá está el sol, desbordante, que también está en las cosas. Hay gris y hay un mar. Y hay algo dentro que aparece. Hemos venido a Perú a visitar ruinas.

Hubo culturas preincaicas que dieron forma a buena parte de lo que hoy conocemos como inca. Estamos caminando un barrio lindo que tiene dentro un recinto de hace un milenio y medio. La Gran Pirámide de Huaca Pucllana resalta de lejos por su color marrón, que es el color del barro seco. Fue un centro ceremonial de la cultura lima: siete plataformas superpuestas sin acceso interior. Es un cuerpo dispuesto para el ascenso.

Estando en frente pienso en las montañas. Hay algo de simulación en la construcción piramidal. Se me ocurre que la pirámide es la montaña virtual, cuyo ascenso es también una victoria emulada. Vamos subiendo en un recorrido que parece un círculo, como parecen círculos los caminos hacia dentro. Y a medida que subimos aparecen agujeros en el suelo: puntos de entierro y ofrenda. Me llama la atención que la gratitud tenga forma de hueco.

Subimos y es un círculo que se cierra en sí mismo. Las paredes son todas iguales y lo único que cambia es la altura. Desde arriba se me ocurre que este ascenso es una promesa.

Está la ciudad rodeando la ruina: se ve toda. La vista de los lima era una vista total del valle.

Acá se hacía un rito particular. Cuando modificaban el recinto, un sacerdote rompía una vasija. La sujetaba en el aire para luego dejarla caer. Puede ser que el impacto estuviese acompañando alguna melodía. O no: que el sonido del quiebre lo abarcara todo. Entiendo este rito como actualizar el tiempo: una forma de mostrar que los finales son a su vez nacimientos. Que semejante tránsito emerge de una ruptura y que es por ello lo

que todo movimiento es trágico. Que siempre hay algo que queda debajo, enterrado, hecho pedazos.



La Gran Pirámide de Huaca Pucllana. 2024

Bajamos y recorremos las zonas aledañas. Todo son bloques rectangulares de barro. El cielo gris enmarca la pirámide en un cuadro triste. En Lima a veces llovizna, pero nunca llueve. Que esto aún exista es testimonio de un milenio y medio sin lluvia. Hay una pared caída, los bloques son una sola cosa amorfa. Se me ocurre un escenario ambiental: que llegue finalmente la tormenta a este cielo. Que, igual que las vasijas, la destrucción de la pirámide consagre la entrada a un lugar que se transforma. Entonces será el nacimiento de un mundo nuevo: un mundo sin nosotros.

2

La palabra ‘pachacamac’ se suele traducir como ‘alma de la tierra, el que anima el mundo’. Es el nombre de un dios. Hace referencia al poder último que ejecuta todo lo que ocurre en el cosmos: el oscilar de un astro, el vuelo de un insecto, un pecho que se hincha al respirar. A las afueras de Lima está el santuario.

Llegando, lo primero que vemos es un cambio en el paisaje. La ciudad se desdibuja y aparece el desierto. Escribo entonces: “Inhóspito significa que en esta tierra no es posible hacer hogar. Lo inhóspito es el desierto, y ahí está Dios.

El lugar está casi vacío. A lo lejos se ven los templos como animales dormidos. Caminamos y al cabo de unos quince minutos llegamos a la Plaza de los Peregrinos. A unos metros está un tramo bien conservado del camino inca. Por ahí llegaban de todas partes del imperio a consultar al oráculo. Peregrinar es caminar para encontrar respuestas.

Me pongo en medio del camino. Lo que quedan son paredes rotas. Un tramo contiene el camino entero como una vida es la conjunción de otras. Me imagino que vengo recorriendo el camino desde hace meses. Que traigo en la espalda ofrendas a un dios que ya sabe que he llegado. (Lo sabe desde el día que nací). Veo en la colina el Templo del Sol brillando en un rojo que ya no existe. Dentro, un sacerdote habla con la voz del mundo, que es también la mía.

Antes de venir leí historias andinas. Ahora que pienso en los oráculos recuerdo una. Es una mujer que recibe el consejo de un pájaro al interior de un sueño. Este le dice que consulte en la fuente aquello que la preocupa, que está en el futuro. Ahora entiendo que el sueño, el pájaro y la fuente son estados de fuga. Su paso es el paso de lo que se va. Y es justo esa materia móvil, esa sombra, lo que nos empuja con ahínco hacia delante.

Camuflado en el gris amarillento del suelo, veo que camina un pájaro con mucha gracia. Es el huerequeque. Me pregunto si en el núcleo consciente del huerequeque hay futuro y hay pasado. Y luego de distinguirlo, la Plaza de los Peregrinos se llena de pájaros iguales. Son muchos. Van apareciendo a medida que la vista los evoca. Ocupan ahora el espacio de los que ya no están.

Caminamos hacia el Templo del Sol. A la izquierda vemos el Templo Pintado, que permanece cerrado al público. En una carta, Hernando Pizarro da cuenta del lugar. Describe una puerta al interior del templo: una puerta de tela con conchas adheridas. Es el suelo marino. Tras la puerta, un cuarto oscuro y fétido. Entre montones de ofrendas, descansaba el ídolo de Pachacamac. Se cuenta -aunque no es seguro- que la desilusión de Pizarro fue enorme al ver que tal escultura no era de oro, sino de madera. El ídolo en la punta muestra un rostro antropomorfo, con aretes y lo que parece ser una corona. El gesto, lejos de inexpresivo, arroja un momento de asombro: como un dios que se viera a sí mismo.

El ídolo tiene forma de bastón, y bajo el rostro sigue el cuerpo que sostiene pedazos de maíz. Bajando más, aparecen figuras animales en patrones geométricos: interactúan con humanos y con ellos mismos, como si todos fuesen reflejos desperdigados a lo largo de un mismo espacio. Pienso en la forma del ídolo: básicamente un palo largo. Un tubo. Pienso entonces en la continuidad, que es permitir que lo divino toque el mundo.

El cielo cristiano, como el demiurgo platónico, son reinos espirituales discontinuos: se sustraen del espacio. El ídolo de Pachacamac es una apuesta metafísica: aquello que ‘anima el mundo’ está contenido en él. La puerta y el ídolo están en el museo del lugar.

Estudios recientes sugieren que Pachacamac tenía color. Antes de verlo por última vez, me detengo y trato de imaginarlo en su rojo sangre original, al fondo del templo, en la soledad sepulcral. Afuera, los sonidos del santuario vivo. La vida que brota de un centro oscuro.

El Templo del Sol nos saluda con silencios. No hay gente cerca. El templo, el cielo que bordea su silueta y nosotros que bordea su silueta. Para llegar tuvimos que subir una pequeña colina. La entrada principal, sin puerta y sin techo, se ofrece como el ingreso a un laberinto. Entra un huerequeque, que recorre el templo a gusto: él forma parte de lo divino. Allí dentro, pienso, alguna vez habló un dios. Fueron diálogos mediados por psicodélicos en actos rituales.

Se tiene conocimiento de distintas plantas -el San Pedro, por ejemplo- que conducían a estados alterados de la conciencia. Me pregunto por las palabras: ¿qué concepto capturaba lo que ahora llamamos ‘alucinación’? ¿Cómo se referían a las ideas que llegaban, como brotes de luz, al pensamiento entonces? Nuestros aparatos conceptuales crean un mundo. Pienso también en la exploración de las formas posibles de la conciencia: explorar la conciencia es explorar el mundo en su capacidad de darse. Es cambiar el cristal que permite a una luz colorearse, proyectarse, andar. Me fascina la idea de una forma de la conciencia donde finalmente Dios se quite el velo. Una forma de la conciencia que vaya más allá de sí misma.

Bordeamos el templo y en la parte trasera aparece el mar. El sol aparece en el agua en forma de destellos diminutos. Recuerdo el primer párrafo de *Las Olas*. Woolf las observa “siguiéndose unas a otras, persiguiéndose unas a otras, perpetuamente”. Y en ese ciclo perpetuo aparece el sol, brotando en cada gota y muriendo al instante. Envío una foto y escribo abajo: el mar es una prolongación infinita del templo. Hasta que se va a alumbrar otro lugar. Pienso en el Templo del Sol de noche. Suspendido, a la espera. Recibiendo en su interior el eco profundo del mar, que de algún modo le enseña a estar solo.



Templo del Sol. 2024

3

Estamos en un bus que nos lleva a varias ruinas incas. Cusco fue la capital del imperio. Salimos del casco histórico y turístico, y nos encontramos una ciudad rota. Es la estética común del barrio popular latinoamericano. Las calles ya no están limpias y el ruido se multiplica. Desde el centro se veía: en la montaña viven precariamente.

El bus gira y se encamina hacia un verdor precioso. Recuerdo que le dije a C que quería ver un potrero repleto de alpacas.

Llegamos a Chinchero. Hay unas terrazas bellísimas que surcan la montaña. Caen por las faldas como los ríos. En frente hay un paisaje que se abre y parece que detrás de una montaña siempre hay otra. Forman en medio un abismo: los pies se juntan en un solo punto. Las terrazas quiebran la montaña y la escalonan. Aquí vivieron los ayarmacas hace dos milenios. Los Incas, en su expansión, se asentaron por la fuerza. Estas piedras fueron puestas al tiempo que se destruía algo más.



Chinchero. 2024

En el pueblo, una señora vende bolsitas de arroz dulce. Lleva puesta la indumentaria tradicional. Le compro una y al momento llega otra anciana. Se saludan en español y luego conversan en quechua. Es algo importante: la lengua es una piedra que no se ha arruinado.



Muray. 2024

Una de las reformas que implementó Pachacútec, el noveno gobernante del imperio inca, fue dividir la sociedad en lenguas. Las elites hablaban pukina. Luego de la colonia, en el exterminio de los poderosos, ya no se escucha más: hace parte del silencio de las ruinas.

Cuando llegamos a Muray, la niebla cubre los picos de Los Andes. Muray es un conjunto de ruinas circulares que se expanden concéntricas. Son terrazas agrícolas que, en su forma, capturan el sol. Círculos que ascienden a medida que crecen. Así cada terraza configura un microclima distinto. Es bioingeniería: permite crear nuevos vegetales. Viéndola, se me ocurre que Muray es la cordillera. Es la codificación geométrica de la montaña. En su expansión circular, recrea las capacidades vitales de los pisos térmicos.

Estamos atravesando la provincia de Urubamba. Aquí Los Andes son protagonistas y los pueblitos, diminutos, no pueden sino existir a su lado. En *El resplandor y la sombra*, Santiago Espinosa habla de la montaña como algo que está en la intimidad de quienes viven junto a ella. Una presencia silenciosa a lo largo de los momentos de una vida. Una vida en compañía de Los Andes, pienso, es una vida que se expande: hasta los picos, hasta la nieve.

En Pisac hay una alpaca que come pasto frente al cementerio inca. El cementerio es una montaña con pequeños orificios. Se estima que hubo alrededor de diez mil cuerpos

allí, y que quizá haya algunos más sin descubrir. Ser enterrado en la montaña: romper el afuera de esa presencia que observa eternamente. Hacer de ese afuera un adentro. Volver la montaña lo más íntimo.

Desde el cielo, Pisac toma la forma de un ave. Los Incas veían en los demás animales una manifestación sagrada. En la construcción está presente la idea de la forma y su fuerza religiosa. En quechua existe la palabra wak'a, que designa todo tipo de sacralidad: lugares, objetos, templos, tumbas, incluso personas. Hay algo que me llama la atención y es su conexión con la forma. Una wak'a puede ser una montaña que parezca un cuy, una piedra que evoque la flor, una persona con malformación. Pienso que la forma es la alteridad propia de la materia, y es su principio organizador. Es algo que nos sobrepasa. Y ahí aparece lo divino. La forma del ave en Pisac es la reproducción de una forma que los dioses nos han regalado. Me pregunto: ¿es un intento de conversación o es una fuerte convicción de que una forma trae consigo algo más? Algo que sólo tiene lugar bajo una mirada que no tenemos.



Pisac. 2024

Llegamos de noche al hotel, que conserva en su fachada piedra imperial. En una banqueta del patio le cuento a C que he visto cosas maravillosas. También le escribo que quizá el potrero de las alpacas no exista.

4

Qorikancha son dos cosas. Abajo está el Templo del sol y arriba el de Santo Domingo. Una construcción sobre otra. Fue en su época el centro espiritual más importante del imperio inca, destinado al sol. Cuando entramos se nos parte la mirada en dos.

Me fijo en los contactos. De la piedra imperial salen pequeños arcos blancos. En el centro hay un patio inmenso, de monasterio, que colinda con las cámaras del templo inca. Los cambios son abruptos: en color y en dimensión. Santo Domingo contiene y surge del templo antiguo.

Dentro de este recinto hay hendiduras trapezoidales en las paredes. Garcilaso de la Vega cuenta que aquí yacían las momias de los gobernantes, dispuestas en orden de antigüedad. Las momias salían de sus recámaras en fechas importantes y eran veneradas por la población en general. Al momento de comer, las momias recibían una ración también. El ritual, entonces, era situar la comida enfrente y prenderle fuego. Me fascina la idea de la momia alimentándose así, recibiendo las cosas del mundo a través de sus cenizas. Es la conciencia de la destrucción de la materia y su choque con un cuerpo que no perece. La posibilidad, a su vez, de una materia divina que se instala en el mundo.

Escribe Garcilaso, también, que frente a las momias había un disco dorado. En el centro guardaba un polvo hecho de corazones. Los corazones de los gobernantes. Cuando hay un disco de oro hay un sol. Cuando el inca muere, aparece en el centro de Dios.

Hay una recámara que debió ser oscura. Hay también una ranura que la atraviesa. En un día del año, un rayo solar ingresa. Lo Incas lo atrapan y lo veneran. Pienso en un niño que captura una mariposa. Pienso en la luz como fundamento: un objeto es muchos bajo luces distintas. Es condición de posibilidad: en la luz los Incas veían la materia primaria.

Hay una placa de oro. Es el registro de la cosmovisión inca. Abajo hay dos figuras: hombre y mujer. Hay estrellas que parecen asteriscos y hay un sol y una luna arriba. Llegando a la punta superior, una figura elongada con medio círculo a un costado. Es Wirakocha, el dios mayor. Hay un círculo y dos arcos. Al fondo, un rectángulo surcado por líneas dispares. Lo que aparece acá es una abstracción. Me pregunto por el valor de los trazos que escapan de las formas precisas de lo real. ¿Qué hay en lo abstracto que habla desde otro lugar? ¿Cuál es el lugar que se aloja en la forma? Se me ocurre que el realismo es insuficiente porque en sus formas no significa, sólo refiere.

La placa es el Cosmos inca. Sin embargo, hay afuera otras figuras. No se sabe cómo interpretar esto, y me parece fascinante en la medida en que postula algo que sale

de todo. Algo que no está en los dominios de dios. Una cosa que escapa absolutamente de la esfera de lo real. Pequeños destellos de oro que contradicen nuestras nociones de absoluto. Es una idea metafísica que se ha perdido.



La Placa del Cosmos Inca. 2024

5

El tren que nos acerca a Machu Picchu tiene ventanas en el techo. Podemos ver por momentos los picos blancos de Los Andes. A mi lado un hombre toma fotos con una Polaroid. Cuando aparecen los nevados, se apresura a enfocar. Toma la foto y en cuestión de uno o dos minutos ya se ha revelado. Guarda en un libro un paisaje que no vio.

Quienes recorren el camino inca entran a Machu Picchu por Intipunku, la puerta del sol. La vemos desde abajo, pequeña, en lo que parece el borde de la montaña. Es una puerta trapezoidal por la que ingresan los rayos del sol cada solsticio de verano.

Alcanzamos las terrazas y desde allí podemos ver la ciudad. Alguien nos había dicho en algunas ocasiones la niebla aparece y lo cubre todo. Pero hoy ha hecho un día precioso. Entonces la ciudad se adivina a medida que se anda, y no hay vistas totales. Me acerco al borde y miro. Miro y vuelvo a mirar, hasta que a la vista la nubla una lágrima. Entonces surge una necesidad de dar gracias.

Una versión asegura que Machu Picchu fue la ciudad de retiro de Pachacutec. Se afirma que el gobernante tenía en mente reproducir un modelo del imperio entero, trayendo personas ilustres de todos los rincones. Fue, por lo tanto, una ciudad cosmopolita.

Caminamos entre viviendas. No hay muchos turistas. En un momento, decido

dejar que mi grupo continúe y me quedo en una. Hay ventanas trapezoidales que arrojan una vista magnífica a las montañas. Esta persona, pienso, era rica. Entre las grietas hay musgo y hay gusanos. El viento andino golpea la ciudad. Escucho atento, esperando que entre las paredes hubiera quedado atrapada alguna risa.

La ruina se deja ver en su esplendor cuando hay silencio. Cuando el paisaje sonoro nos hace entender que en este lugar permanece algo que se fue.

El Templo del Condor deja ver claramente la forma de unas alas. En el piso, en piedra, se alcanza a intuir la cabeza. Arriba hay orificios: ahí yacían las momias. Los Incas creían que, al morir, sus seres queridos volaban en las alas de un cóndor. Ya en el firmamento, terminaban por convertirse en estrellas.

Se dice que la construcción de Machu Picchu se pensó de acuerdo a consideraciones astronómicas. Que los Incas llegaron al lugar sabiendo que era ahí donde debían estar. Se guiaron por las estrellas y entendieron que construirse es situarse bajo la luz lejana de los que ya no están.

Cuando llegaron había piedras a lo largo del sitio. No tuvieron que traerlas ni hacer cantera. De hecho, aún quedan desperdigadas las que sobraron. En una de ellas hay una vizcacha, un roedor mediano del color de la piedra. Mueve únicamente los bigotes mientras nos ve pasar. Ella vive acá desde siempre. Desde antes de la ciudad.

Pasamos frente al Intihuatana: el reloj solar. Es un artefacto que convierte la sombra en tiempo. Con ello sabían cuándo sembrar y cuándo parar. En épocas difíciles el reloj era escenario de sacrificios. Ofrecían un cuerpo en el centro del tiempo. Era la zozobra. La angustia de andar y andar y no frenar, que es la justa sospecha de que el tiempo conduce siempre a una forma específica de estar extinto.

Durante todo el camino una montaña nos observa: es Wayna Picchu. A sus cimas llegaron también los incas y construyeron al interior de una cueva el Templo de la Luna. Quienes asistían creían que en las cuevas había conexión con los mundos de los muertos. En el centro hay lo que posiblemente fue un altar. Nadie entra allá de noche. Los rayos de la luna coronan en altar sin que nadie lo vea: esta noche y las que vienen, por los siglos de los siglos.

Hemos dado ya una vuelta al lugar. Las construcciones sin techo permiten al sol

de la tarde adherirse a las paredes. En algún lugar, Tania Ganitsky habla de lo incompleto como una apertura: plena posibilidad. Me pregunto en el caso de la ruina ¿hacia dónde se orienta lo abierto? ¿Qué lo puede completar? La ruina es lo incompleto sin posibilidad. Acá lo único posible es el recuerdo.

Bajo este sol que cae vuelan pájaros en grupo. Son tángaras que han venido a despedirse. A regalarnos un baile que se enmarca en las montañas y en la ciudad. Echo un último vistazo a Machu Picchu con la idea de que posiblemente sea la última vez que vea este lugar. La última imagen: el santuario y sus aves. Se acaba la felicidad y se convierte en nostalgia. La nostalgia es una felicidad que se ha hecho ruina.

Pienso en las últimas imágenes de los lugares que he visitado. Pienso en las imágenes, en general, que se han ido quebrando. La memoria se va deshaciendo a medida que pasa el tiempo. Una piedra se cae y se pierde. El recuerdo se rompe:

Llevamos ruinas dentro.



Machu Pichu. 2024.

Sergio Esteban González Cañón

Filósofo

sgonzalezca@unal.edu.co